

Después de la experiencia que significó para mí la separación de mis padres, creía —ingenua de mí— que ningún otro altibajo que pudiera haber en mi vida me afectaría demasiado. Estaba convencida de que ya había vivido mi calvario y no podía ni sospechar que el equilibrio que, finalmente, había conseguido era sólo un paréntesis de tranquilidad que me conduciría a una situación caótica, mil veces más caótica que la que se produjo con la ruptura de las relaciones entre mis padres.

Tenía doce años cuando tomaron la decisión de separarse y, si bien no me resultó fácil aceptarlo, por lo menos era una consecuencia lógica, y a menudo intuitiva, de las tensiones que se amontonaban día tras día, semana tras semana, en casa. Además, ya había podido observar que a mi alrededor soplaban los mismos aires de crisis familiar porque más de cuatro de los compañeros que habían empezado la escolaridad conmigo se habían tenido que enfrentar a aquella realidad. Sabía, pues, que mi situación no era insólita, pero creo que la experiencia de los demás no me fue de gran ayuda en aquellos momentos de desconcierto.

En poco tiempo todo cambió considerablemente. No sólo por el hecho de que mi padre no estuviera —tampoco pasaba mucho tiempo en casa—, sino, más bien, por el cambio radical que experimentó mi madre y que, de rebote,

nos afectó a nosotros. Renovó su vestuario de manera que todos sus vestidos habituales de «señora» no volvieron a salir del armario y, en cambio, los pantalones y las faldas vaqueras no tenían un día de respiro. Dejó los tacones por los zapatos planos y este pequeño detalle le quitó unos cuantos años de encima. Además, se cortó el pelo y dejó de maquillarse... La suma de todo ello, más una sonrisa permanente en sus labios, consiguió que, a veces, me fuera difícil reconocer en ella a la mujer que había sido pocos meses antes.

Tal como lo he descrito, el cambio de mi madre parece muy positivo, pero lo cierto es que me costó asimilar su nueva identidad. Casi me avergonzaba ir de compras o de paseo con ella porque varias veces alguien comentó que, más que madre e hija, parecíamos hermanas. Aquellas palabras a ella la enorgullecían mucho pero a mí me causaban un cierto malestar porque yo no necesitaba ninguna hermana —ya tenía una, y un hermano también— sino una persona adulta que me ofreciera una mano sólida en aquellos momentos en que todo parecía hundirse a mi alrededor.

Reconozco que mi inestabilidad emocional no se debía sólo a la separación de mis padres sino también a que, justamente, esta circunstancia se produjo en una época de mi vida en la que los sueños de la infancia dejaban paso a los horizontes inciertos de la adolescencia, y todo mi mundo estaba sometido a profundas transformaciones. Pero el hecho es que yo atribuía a la separación de mis padres la razón de mi desasosiego y, hasta cierto punto, los consideraba responsables.

Entre semana no notaba demasiado los cambios que se habían producido en nuestra estructura familiar. Iba al colegio, me peleaba con mis hermanos, ayudaba a mi madre a fregar los platos, iba de compras con ella, leía, estudiaba, veía la televisión... Todas mis actividades eran las mismas que antes, cuando mis padres vivían juntos. Pero los fines de semana eran un verdadero descontrol, tanto para mí como para mis hermanos. Antes de la separación de mis padres, la relación entre los tres era la que se puede considerar normal entre hermanos, pero el naufragio familiar propició otra clase de comunicación, mucho más íntima, seria, casi adulta, con la finalidad de hacer un frente común ante los acontecimientos que se nos echaban encima. Con frecuencia teníamos conversaciones trascendentes, analíticas, que nos ayudaban a tomar decisiones y a adoptar acuerdos para superar, de la mejor forma posible, las dificultades con las que nos encontrábamos.

Toni tenía dos años más que yo, pero por aquella época parecía que tuviéramos la misma edad porque yo me había disparado en mi crecimiento y mis razonamientos también eran muy maduros. Mariona era todavía una chiquilla y muchas veces no parecía darse cuenta de todo lo que estaba pasando delante de sus narices.

Recuerdo perfectamente el primer fin de semana que pasamos con mi padre. Aún no habíamos estado en el piso donde se había instalado y parecía un niño con zapatos nuevos cuando nos lo enseñó. No estaba totalmente amueblado porque quería que nosotros le ayudáramos a escoger lo que faltaba. Había terminado ya la decoración del salón-comedor, de su dormitorio, y también descubrí que el

cuarto de baño tenía todo lo necesario y más. Digo «y más» porque me sorprendió que uno de los estantes del armario que había al lado del espejo estuviera ocupado por productos de maquillaje, cremas hidratantes, tónicos y un frasco de colonia que no era precisamente muy masculina. No dije nada, pero Toni y yo intercambiamos una mirada de alarma que confirmó mis sospechas: ¡mi padre no vivía solo!

Aún no había pasado media hora cuando sonó el timbre de la puerta y mi padre se levantó de un salto para ir a abrir. Volvió a la salita donde estábamos sentados los tres, muy formales, como si estuviéramos de visita, acompañado de una chica alta y bronceada, de cuerpo atlético y mirada vivaz.

—Chicos, ésta es Mercedes —nos dijo mi padre con voz alegre—. Es una buena amiga mía y espero que también lo sea vuestra...

Durante unos instantes nadie dijo nada. Parecía que la imagen se hubiera congelado y, por primera vez, tuve la sensación de mirarme por dentro, buscando el refugio de mi propia persona para perder el contacto con aquel entorno que me parecía inhóspito y totalmente ajeno a mí.

—¿Os apetece una Coca-Cola? —rompió el silencio mi padre; y con aquella pregunta todavía aumentó más la sensación de estar allí de visita.

—¡Sí! —contestó rápidamente mi hermana.

—Yo también tengo sed... ¿Queda alguna cerveza?

La voz de Mercedes era profunda y le salió un poco ronca. Pensé que si la situación era difícil para nosotros, también lo debía de ser para ella, pero no hice nada por ayudarla.

—¿Toni? ¿Nuria? ¿Queréis vosotros? —insistió mi padre ante nuestro silencio.

—No, gracias —dijo Toni.

Yo sólo negué con un movimiento de cabeza: aún era incapaz de reaccionar.

La tensión aumentó —¡todavía más!— cuando mi padre desapareció en dirección a la cocina. Mercedes no sabía qué decir ni qué hacer. Parecía una chiquilla desamparada, enfrentada a quién sabe qué peligro. Los segundos pasaban tan despacio que no parecía posible que llegasen a convertirse en minutos. Finalmente, Mercedes, haciendo un gran esfuerzo, dijo:

—Voy a ver si vuestro padre necesita ayuda...

Nos quedamos momentáneamente solos y tuvimos la primera de aquellas conversaciones serias de las que he hablado antes.

—¡Qué sorpresa! —empezó Toni.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

Mi hermano me miró largamente, como si meditara la respuesta.

—No podemos hacer mucho... —dijo finalmente.

—¡Pero es que ella TAMBIÉN vive aquí! ¿No has visto el armario del cuarto de baño?

—¿Qué pasa con el armario del cuarto de baño?
—interrumpió Mariona, que estaba totalmente fuera de juego.

—Supongo que nos tendremos que ir acostumbrando...

—Nos lo tendría que haber dicho antes —protesté—.
Por lo menos, nos hubiéramos podido ir haciendo a la idea...

—No sé lo que hubiera sido peor...

—¿Qué es lo que va mal? —volvió a interrumpir Mariana—. ¿De qué habláis?

—¡De papá y Mercedes! —contesté con un deje de impaciencia—. ¿Acaso no lo ves, tú?

Justo en aquel momento aparecieron los dos protagonistas. Mercedes traía una bandeja en la mano y los vasos se tambaleaban peligrosamente. Pensé que sólo faltaría que hiciera un estropicio...

—Bien, chicos... —mi padre se había sentado a mi lado y Mercedes se sentó en la butaca que quedaba libre—. ¿Qué os parece si vamos a comprar los muebles de vuestras habitaciones?

Los tres estábamos muy incómodos y nos pareció una buena idea salir a airearnos un poco. Mercedes también vino a dar el visto bueno a los muebles que elegimos, cenó con nosotros —en una pizzería— y, tal como me temía, no se fue a dormir a su casa porque «su casa» era el piso de mi padre.

Aquella noche tuvimos que dormir en colchonetas hinchables porque, naturalmente, aún no teníamos los muebles de nuestras habitaciones. Papá y Mercedes se quedaron viendo la película de la tele y así nos evitaron el mal trago de verlos desaparecer tras la puerta de la habitación de matrimonio. Pero, aun así, fue violento para Toni y para mí ser conscientes de que dormían en la misma cama.

Pese a todo, me acostumbré fácilmente. No me gustaba que mis padres se hubieran separado, no me gustaba que mi padre compartiera el piso con Mercedes, no me

gustaba pasar un fin de semana aquí y otro allá... Pero me acostumbré, e incluso a veces me parecía divertido participar en las actividades estrambóticas que se inventaba mi padre para distraernos... Un día trajo un baúl de casa de sus padres y nos animó a disfrazarnos con ropas del año de la mariacastaña. Otro fin de semana nos encontramos con un montón de pinturas para hacer un mural en la pared del recibidor. En otra ocasión nos llevó a ver una exhibición de acrobacias sobre ruedas... Todo ello, a pesar de los cambios que se habían producido en nuestras vidas, tenía su parte positiva: cuando vivía con nosotros, mi padre nunca se había tomado tantas molestias para complacernos.

Cada vez que le cuento a alguien que mi madre murió en un accidente de tráfico, cuando yo tenía sólo seis años, contemplo, indefectiblemente, un cambio notorio en el rostro de la persona con quien estoy hablando. A fuerza de ir experimentándolo, he llegado a la conclusión de que aquellos que no me conocen demasiado me compadecen sinceramente por esa desgracia, como si se tratara de un hecho reciente que aún tengo que superar. Y no es así. Aunque alguien pueda pensar que soy una persona insensible, he de confesar que no fue tan duro como todo el mundo cree... De hecho me acuerdo muy poco de la tristeza que, seguramente, me embargó en aquel momento y lo que sí es cierto, es que ya no queda ni rastro de ella.

Claro que quería a mi madre, igual que todos los niños quieren a la suya. Pero a los seis años quieres a cualquier

persona que esté a tu lado cuando la necesitas, que te dé constantemente el afecto y las atenciones que te hacen falta, que te sonría cálidamente cuando te despierta por las mañanas para ir al colegio...

Yo quería a mi madre porque recuerdo con ternura que ella me daba todo lo que una madre puede dar a su hijo y sé que hay una pequeña parcela de mi memoria donde ella estará siempre presente.

Pero cuando se murió no entendí absolutamente nada. Naturalmente, a aquella edad yo no tenía asimilado el concepto que implica la palabra muerte... Sé que lloré cuando noté su ausencia en cosas sencillas y habituales como sus regañinas si entraba en casa con los zapatos sucios de barro o los masajes dulces que me daba en la espalda antes de dormir o que viniera cada mañana a prepararme la ropa que tenía que ponerme.

El caso es que la hermana de mi padre, mi tía Montserrat, que por aquel entonces vivía sola, se trasladó a nuestra casa para echarle una mano a mi padre. Él sí que acusó terriblemente la muerte de mi madre porque, aparte del dolor que le causó su pérdida, se encontró repentinamente solo y, evidentemente, incapacitado para arreglarse medianamente bien con las faenas de casa y con las exigencias de un crío como yo. La tía Montserrat no hubiera tenido ningún inconveniente en asumir todas las responsabilidades de la casa pero mi padre no lo permitió en modo alguno. Accedió, por necesidad imperiosa, a que ella viniera a vivir con nosotros pero, en lugar de apoyarse en la ayuda que ella nos ofrecía de buen grado, mi padre le pidió que le enseñara a cocinar, a planchar, a vestirme adecuadamente, a entrete-

nerme en mis ratos de ocio y a ser tan autosuficiente como fuera posible.

Tanto la tía Montserrat como mi padre volcaron en mí todo el afecto de que disponían y, por esa razón, la imagen de mi madre empezó a desdibujarse, a perder nitidez y, poco a poco, dejé de echarla de menos.

Cuando la tía Montserrat se casó y se fue a vivir a su nuevo piso, mi padre y yo éramos casi uña y carne y estábamos bien preparados para hacer frente a las faenas de casa. Entonces yo tenía nueve años y ya me hacía la cama, arreglaba mis cosas, iba a la compra y ponía los platos en el lavavajillas. Mi padre se encargaba del resto, excepto de la «limpieza a fondo», que la hacía Rosa, una mujer mayor con aspecto de matrona que venía dos veces por semana y, me enorgullece decirlo, siempre se quedaba asombrada de nuestra pulcritud y buena organización.

Nuestra existencia era sencilla y agradable. Mi padre había ajustado sus horarios laborales de forma que no tuviera que quedarme solo en casa y las tardes que yo no tenía clase de inglés solíamos jugar un partido de tenis o dedicábamos un rato a hacer **footing**. Los sábados venía a comer la tía Montserrat con su marido, el tío Ramón y, por la tarde, pasábamos un par de horas jugando a la canasta, el único juego de cartas que, aún hoy, es capaz de entretenerme. El domingo nos levantábamos tarde y comíamos fuera, siempre en un sitio distinto. Cogíamos el coche y circulábamos por carreteras y caminos, a menudo sin haber decidido un punto de destino. Parábamos cuando teníamos hambre o cuando veíamos un sitio que nos gustaba y, después de comer, volvíamos a casa o nos íbamos al cine, pero no siempre

había en la cartelera alguna película adecuada a mi edad y mi padre, en esto, era muy estricto.

A menudo íbamos a visitar a los abuelos y cada vez que poníamos los pies en su casa, tanto los abuelos paternos como los maternos le llenaban la cabeza a mi padre con la cuestión del matrimonio. Todos opinaban que debería volver a casarse, que yo necesitaba las atenciones de una madre y que había cantidad de buenas chicas casaderas. La abuela Catalina, especialmente, estaba obsesionada con esta idea y en más de una ocasión, como si fuera por casualidad, cuando íbamos a su casa coincidíamos con alguna señora que me halagaba, me daba conversación y miraba a mi padre con ojillos golosos. Pero todos los intentos que hicieron unos y otros de ponernos delante a la mujer perfecta fueron rechazados de lleno —y muy educadamente— por los dos. Ni mi padre ni yo echábamos de menos a una mujer en casa...

Esto no quiere decir que mi padre fuera un ángel ni que no tuviera otras relaciones además de las estrictamente familiares. A veces salía a cenar con los compañeros de trabajo o con alguna chica, pero no había ninguna que le gustara especialmente y nunca me presentó a ninguna de sus amigas. Afirmaba que, como no se trataba de amistades demasiado estables, no quería implicarme... Supongo que hacía bien porque existía el peligro de que yo tomara afecto a las chicas con las que se relacionaba y lo hubiera pasado mal cuando decidieran poner fin a su relación. Mi padre, que no tenía secretos conmigo —por lo menos así lo creía—, me había hablado a veces de este tema. Yo sentía una cierta curiosidad por saber cómo eran las chicas con

quienes salía y qué hacía, pero entendía que era un terreno en el que era mejor no entrar. De hecho, en aquella época, no tenía demasiadas nociones de cómo son las relaciones de pareja y no era un tema que me interesara particularmente...